

LA FORMA Y ESPÍRITU DE LA RELIGIÓN

Volumen 1 – Sermón No. 186

Traducción: estudialapalabra.org

**SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO 4 DE ABRIL DE 1858,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN THE MUSIC HALL, ROYAL SURREY GARDENS.**

***“Traigamos a nosotros de Silo el arca del pacto de Jehová, para que viniendo entre nosotros nos salve de la mano de nuestros enemigos”
1 Samuel 4:3***

Estos hombres cometieron un gran error: lo que necesitaban era al Señor en medio de ellos, mientras que ellos imaginaban que el símbolo de la presencia de Dios, el arca del pacto, sería suficiente para otorgarles la asistencia que requerían en el día de la batalla. Tal como es el hombre, así debe ser su religión. Ahora bien, el hombre es un ser compuesto. Hablando correctamente, el hombre es un ser espiritual, tiene dentro de sí un alma, una sustancia mucho más allá de los límites de la materia, pero el hombre también se compone de un cuerpo y de un alma. No es espíritu simplemente, su espíritu está encarnado en carne y sangre. Ahora bien, tal es nuestra religión. La religión de Dios es, en cuanto a su vitalidad, puramente espiritual, siempre así, pero como el hombre está hecho de carne tanto como de espíritu, parecía necesario que su religión tuviera algo de visible, externo y material en el que encarnar lo espiritual, o de lo contrario el hombre no habría sido capaz de aferrarse a ella.

Este fue especialmente el caso bajo la antigua dispensación. La religión del judío es realmente una cosa espiritual y celestial, una cosa del pensamiento, una cosa que concierne a la mente y al espíritu, pero el judío no había sido instruido, no era más que un bebé, incapaz de entender las cosas espirituales a menos que las viera ilustradas, o (para decirlo de otra manera) a menos que las viera encarnadas en algún tipo y símbolo externo, y por lo tanto Dios se complació en dar al judío un gran número de ceremonias que eran para su religión lo que el cuerpo es para el alma del hombre. La religión judía enseñaba la doctrina de la expiación, pero el judío no podía entenderla, y por eso, Dios les dio un cordero para ser sacrificado cada mañana y cada tarde, les dio un macho cabrío sobre el cual debían confesarse los pecados del pueblo, y que iba a ser conducido a las profundidades del desierto para mostrar la gran doctrina de un sustituto y expiación a través de Cristo.

La religión judía enseña, como una de sus doctrinas prominentes, la unidad de la Deidad, pero el judío siempre tendía a olvidar que había un solo Dios. Y Dios, para enseñarle eso, tendría un solo templo y un solo altar sobre el cual el sacrificio pudiera ser ofrecido correctamente. De modo que la idea del Dios único se encarnó (como ya he dicho) en el hecho de que había un solo templo, un solo altar y un solo gran sumo sacerdote. Y fíjate, esto es cierto de nuestra religión, el cristianismo, no tan cierto como el judaísmo, porque la religión de los judíos tenía un cuerpo torpe y pesado, pero nuestra religión tiene un cuerpo transparente y tiene muy poco de materialismo en eso.

Si me preguntan cómo llamaría el materialismo de nuestra religión, la encarnación de la parte espiritual de aquello en lo que confiamos y esperamos, señalaría, en primer lugar, las dos ordenanzas del Señor, el bautismo y la Cena del Señor. Les señalaría junto a los servicios de la casa de Dios, el día de reposo, el ritual externo de nuestra adoración. Les señalaría nuestros cantos solemnes, nuestro sagrado servicio de oración. Y también les señalaría, y creo que tengo razón al hacerlo, la forma de las sanas palabras que siempre deseamos mantener firmes y sólidas, como que contienen ese credo que es necesario que los hombres crean, si desean retener la verdad como es en Jesús.

Nuestra religión, entonces, tiene una forma externa hasta el día de hoy, porque el apóstol Pablo, cuando habló de los que profesaban ser cristianos, habló de algunos que tenían "apariencia de piedad, pero negaban la eficacia de ella". Que sigue siendo cierto, aunque confieso que no en la misma medida que lo fue en los días de Moisés, que la religión debe tener un cuerpo, para que la cosa espiritual sea palpable ante nuestra visión y la podamos ver.

Ahora, tres puntos inferidos esta mañana de nuestra narrativa. El primer punto es este: que la forma exterior de la religión debe observarse cuidadosa y reverentemente. Pero mi segundo y más importante encabezado es este: notará que los mismos hombres que tienen el menor espíritu de religión, son los que observan más supersticiosamente su forma; así como encuentras que la gente aquí que no se preocupaba por Dios, tenía una consideración muy supersticiosa, por ese cofre llamado el arca del pacto. Y luego, mi tercer punto será que aquellos que confían en la forma externa de la religión, aparte del espíritu de la misma, están terriblemente engañados y el resultado de su engaño debe ser del carácter más fatal. El primer punto lo siento necesario, no sea que induzca a alguien a despreciar la forma de la religión, mientras me esfuerzo por insistir en la absoluta necesidad de atender, en primer lugar, al espíritu de la misma.

Entonces, en primer lugar, LA FORMA DE LA RELIGIÓN DEBE SER OBSERVADA CON REVERENCIA. Esta arca de la alianza era para el judío el instrumento más sagrado de su religión.

Había muchas otras cosas que él consideraba sagradas, pero esta arca siempre estuvo en el lugar santísimo y se volvía doblemente sagrada, porque entre las alas extendidas de aquellas figuras de querubines que descansaban sobre el propiciatorio, solía verse una luz brillante, llamada Shekinah, que manifestaba que Jehová, el Dios de Israel, que habitaba entre los querubines, estaba allí.

Y, de hecho, tenían una gran razón en los días de Samuel para reverenciar esta arca, porque recordarán que cuando Moisés fue a la guerra contra los madianitas, se ocasionó una gran matanza de ese pueblo por el hecho de que Eleazar, el sumo sacerdote, con una trompeta de plata, se paró al frente de la batalla, llevando en sus manos el instrumento sagrado de la Ley, es decir el arca, y fue por la presencia de esta arca que se logró la victoria. Fue junto a esta arca también que se secó el río Jordán.

Cuando las tribus llegaron a él, no había vado, pero los sacerdotes pusieron las varas del arca sobre sus hombros y marcharon con paso solemne hasta la orilla de las aguas, y ante la presencia del arca las aguas retrocedieron, de modo que la gente pasó con los zapatos secos. Y cuando hubieron desembarcado en la tierra prometida, recordad que fue junto a esta arca que los muros de Jericó cayeron a tierra, porque los sacerdotes, tocando las trompetas y llevando el arca, iban delante, cuando rodearon la ciudad siete días, y al fin, por el poder del arca, o más bien por el poder de ese Dios que habitaba dentro del arca, los muros de Jericó se derrumbaron y todos los hombres fueron directamente al matadero.

Estas personas, por lo tanto, pensaron que, si podían obtener el arca una vez, todo estaría bien y seguramente triunfarían. Y aunque en el segundo encabezado tendré que insistir en que se equivocaron al imputar supersticiosamente fuerza al pobre cofre, sin embargo, el arca debía ser observada con reverencia, porque era el símbolo externo de una elevada verdad espiritual y nunca debía ser tratado con ninguna indignidad.

Es bien cierto, en primer lugar, que la forma de la religión nunca debe ser alterada. Os acordáis que Moisés hizo esta arca, según el modelo que Dios le había dado en el monte. Ahora, las formas externas de nuestra religión, si son correctas, son hechas por Dios, sus dos grandes ordenanzas del Bautismo y la Cena del Señor nos son enviadas desde lo alto. No me atrevo a alterar ninguna de ellas. Me parecería un gran pecado y una gran traición al Cielo si, creyendo que el bautismo significa inmersión y sólo inmersión, pretendiera administrarlo por aspersion; o, creyendo que el bautismo pertenece sólo a los creyentes, me consideraría un criminal a la vista de Dios si lo diera a cualquiera excepto a los que creen.

Lo mismo ocurre con la Cena del Señor. Creyendo que consiste en pan y vino, sostengo que es una gran blasfemia en la Iglesia de Roma negar la copa al pueblo.

Y sabiendo que esta ordenanza estaba destinada únicamente al pueblo del Señor, considero un acto de alta traición contra la Majestad de los Cielos, cuando se admite a la Cena del Señor a algunos que no han hecho profesión de su fe y de su arrepentimiento, y que no se declaran verdaderos hijos de Dios.

Y con respecto a las doctrinas del Evangelio, no se debe permitir aquí ninguna alteración. Sé que las formas de doctrina son muy poco comparadas con el espíritu y el corazón, pero aun así no debemos alterar ni siquiera la forma de la misma. A menudo se ha dicho que no debemos tener una religión estricta. Creo que eso es justamente lo que deberíamos tener: una religión que sea de tal índole que no sepa cómo alterarse; una religión que proviene de la Cabeza Infalible de la Iglesia, es decir, Jesucristo nuestro Señor, y que hasta el último tiempo ha de ser como la ley y los profetas, ni una jota ni una tilde debe fallar mientras dure la tierra.

Los hombres que piensan que podemos alterar esto y alterar aquello y aun así mantener el espíritu de la religión, tienen algo de verdad de su parte, pero que recuerden que, si bien el espíritu de la religión puede mantenerse en medio de muchos errores, cada error tiende a debilitar nuestra espiritualidad. Y, además de eso, no tenemos derecho a considerar meramente el efecto sobre nosotros mismos. Cualquier forma de religión que Dios haya ordenado, es nuestra para practicarla sin la menor alteración, y alterar cualquiera de las ordenanzas de Dios es un acto de terrible profanación, por muy razonable que pueda parecer esa alteración, es una traición contra el alto Cielo y no se debe permitir en la Iglesia de Cristo.

“Retén la forma de las sanas palabras”, dijo Pablo, “que has oído de mí”. O, como recuerdo haber dicho antes, aunque la forma de la religión no es poder, a menos que la forma se observe cuidadosamente, no es fácil mantener el poder. Es como una cáscara de huevo que encierra el huevo; no hay vida en el caparazón, pero debes tener cuidado de no romperlo, o de lo contrario puedes destruir la vida que hay dentro. Las ordenanzas y doctrinas de nuestra fe son solo el caparazón de la religión, no son la vida, pero debemos tener cuidado de no dañar tanto el caparazón exterior, porque si lo hacemos, podemos poner en peligro la vida interior; aunque esta pueda vivir, se debilitaría por cualquier daño hecho a su forma exterior; así como la forma no debe ser alterada, tampoco debe ser despreciada.

Estos filisteos despreciaron el arca. La tomaron y la pusieron en el templo de su ídolo, y el resultado fue que su dios ídolo, Dagón, fue roto en pedazos. Luego lo llevaron por sus ciudades y fueron heridos con tumores, y luego, teniendo miedo de ponerlo dentro de las paredes, lo pusieron en el campo y fueron invadidos por ratones, de modo que todo fue comido. Dios no quiere que se deshonre ni siquiera la forma exterior de Su religión. Él haría que los hombres se cuidaran reverentemente de no deshonrar ni siquiera Su arca; podría ser nada más que madera de gofer, pero debido a que Dios había habitado entre las alas de esos querubines, el arca debía ser sagrada y Dios no permitiría que sea deshonrada.

Cuídense, ustedes que desprecian a Dios, no sea que desprecien Sus ordenanzas externas. Burlarse del día de reposo, despreciar las ordenanzas de la Casa de Dios, descuidar los medios de la gracia, llamar vana a la forma exterior de la religión, todo esto es sumamente ofensivo a los ojos de Dios. Él nos hará recordar que, aunque la forma no es la vida, la forma debe ser respetada por el bien de la vida que contiene. El cuerpo debe ser venerado por el bien del alma interior, y como no quiero que ningún hombre mutile mi cuerpo, aunque al mutilarlo no pueda herir mi alma, así Dios no quiere que ningún hombre mutile las partes externas de la religión, aunque es cierto que ningún hombre puede tocar la verdadera vitalidad de la misma.

Una observación más, y muy solemne. Así como la forma externa no debe ser alterada ni despreciada, tampoco en ella deben inmiscuirse personas indignas. Os acordáis que esta arca del pacto, después que fue traída de la tierra de los filisteos, fue puesta en el campo de Josué el betsemita, y los betsemitas quitaron la tapa y miraron dentro del arca del Señor y, por esto, el Señor "hizo morir del pueblo a cincuenta mil setenta hombres. Y lloró el pueblo, porque Jehová lo había herido con tan gran mortandad".

Estos betsemitas no tenían intención alguna de deshonorar el arca. Tuvieron una vana curiosidad por mirar dentro y la vista de aquellas maravillosas tablas de piedra los golpeó de muerte, porque la Ley, cuando no está cubierta por el propiciatorio, es muerte para cualquier hombre y fue muerte para ellos. Ahora recordarás fácilmente cuán solemne es el castigo que se impone, a cualquier hombre que se entromete en la forma externa de la religión, cuando no está llamado a hacerlo, permítanme citar este terrible pasaje: "Él (hablando de la Cena del Señor) que come y bebe indignamente, sin discernir el cuerpo del Señor, juicio come y bebe para sí".

¡Qué anuncio espantoso es ese! Se pronuncia una maldición sobre el hombre que se atreve a tocar incluso la forma exterior de la religión a menos que tenga la autoridad de hacerlo. Y sabemos que no hay nada que encienda la ira santa de Dios más rápidamente que el hecho de que un hombre atienda las ordenanzas de Su casa y haga una profesión externa de estar en Cristo, mientras que no tiene parte ni suerte en el asunto. ¡Ay, ten cuidado! Las ordenanzas externas de Cristo no son la vitalidad de la religión, pero sin embargo son tan solemnemente importantes que no debemos alterarlas ni despreciarlas, ni precipitarnos en ellas sin ser invitados, porque si lo hacemos, la maldición de Dios caerá sobre nosotros por haber despreciado lo santo del Dios Altísimo de Israel.

Y ahora, antes de cerrar este primer encabezado, permítanme señalar que las cosas externas de Dios deben ser cuidadas y amadas diligentemente. En nuestra lectura hemos tenido dos ejemplos de eso. Allí estaba el santo Elí, él sabía muy bien que el arca de Dios no era Dios, comprendió que no era más que la señal exterior de lo interior y espiritual.

Sin embargo, cuando el arca de Dios fue tomada, fíjate en la angustia del pobre anciano: su corazón se rompió y luego cayó y se desnucó.

Luego estaba esa mujer sin nombre. Su marido era el sacerdote que atendía esta misma arca, pero era un hombre cuyo carácter no puedo describir mejor que diciendo que era hijo de Belial. Es difícil para una mujer creer en la religión si tiene un ministro como su esposo que es profano y malvado. El esposo de esta mujer no solo cometió agravios contra Dios, sino contra ella, era una persona inmunda e impura que profanó los mismos atrios de la casa del Señor con sus fornicaciones, y, sin embargo, tenía tanta fe en su Dios que sabía amar la religión que su marido, por su terrible carácter, desacreditaba.

Ella supo distinguir entre el hombre y su deber, entre el sacerdote y el sacerdocio, entre el oficial y el oficio. Me asombra. Estoy seguro de que no hay nada que haga tambalear nuestra fe como ver a un ministro andando de manera inconsistente, pero este hombre era el principal ministro y su propio esposo, viviendo en pecado evidente y un pecado que ella reconoció, porque él pecó contra ella. Estoy seguro de que fue maravilloso que ella creyera en absoluto, pero tan fuerte era su fe y su apego a su religión, que, aunque, como Elí, sabía que el arca no era Dios, que la forma no era la cosa interior, sin embargo, la forma misma era tan preciosa para ella, que los dolores del parto se aceleraron prematuramente, y en medio de su dolor, esto era lo más importante: que el arca del Señor fue tomada.

Fue en vano animarla con la noticia de que había nacido su hijo. Era un cuento vago para ella y no se regocijó en él. Ella yacía desmayada, pero al fin, abriendo los ojos y recordando que su marido había muerto y que, por lo tanto, según la costumbre judía, era su deber dar un nombre al niño, abrió débilmente los labios antes de morir y dijo: "Lámalo por nombre ignominioso (Icabod) porque la gloria se ha ido". Y luego agregó la razón para ello, no dijo: "porque mi esposo está muerto", aunque lo amaba; ella no dijo, "porque mi suegro, Eli, ha muerto", o "porque mi nación ha sido derrotada", sino que añadió esa razón tan significativa, "porque el arca del Señor fue tomada". Y ella murió.

Oh, quisiera que todos amáramos la casa de Dios, y amáramos los caminos de Dios y las ordenanzas de Dios tanto como ella. Si bien no le damos una importancia supersticiosa a la ceremonia externa, me gustaría que pensáramos mucho en las cosas santas, debido al Santo de Israel, como lo hicieron Elí y esta mujer noble, pero sin nombre.

Así he predicado sobre el primer punto y ningún ceremonialista aquí, estoy seguro, puede diferir de mí, porque todos deben decir que es verdad. Incluso el puseyita confesará que esto es precisamente lo que él cree: que las ceremonias deben observarse cuidadosamente, pero no estaré de acuerdo con el Sr. Puseyita en el segundo encabezado.

2. Ahora bien, es un hecho notorio que LOS MISMOS HOMBRES QUE TIENEN MENOS IDEA DE LO QUE ES LA RELIGIÓN ESPIRITUAL, SON LOS HOMBRES QUE PONEN LA MÁS SUPERSTICIOSA ATENCIÓN A LAS FORMAS EXTERIORES. Le remitimos nuevamente a esta instancia. Estas personas no se arrepentirían, ni orarían, ni buscarían a Dios y Sus Profetas, sin embargo, buscaron esta arca y confiaron en ella con veneración supersticiosa. Ahora bien, en todos los países donde ha habido alguna religión que sea verdadera, un gran hecho ha salido muy claramente a la luz, las personas que no saben nada acerca de la religión verdadera siempre han sido las más cuidadosas con las formas.

¿Quieres conocer al hombre que devoraba las casas de las viudas y devoraba los bienes de los huérfanos? ¿Quieres conocer a los hipócritas, los engañadores en los días de Cristo? Pues, eran los fariseos, que “para fingir hacían largas oraciones”. Eran los hombres que daban limosna a los pobres en las esquinas de las calles, los hombres que diezaban el anís, la menta y el comino y se olvidaban de los asuntos más importantes de la Ley, como la justicia y la rectitud. Si querías encontrar al seductor, al juez injusto, al mentiroso, al perjuro en los días de Cristo, solo tenías que preguntar por el hombre que había ayunado tres veces a la semana y dado diezmos de todo lo que poseía.

Estos fariseos harían cualquier acción malvada y nunca se aferrarían a ella. Sin embargo, si al beber vino cayera un pequeño mosquito y se lo tragara, se considerarían contaminados, porque su Ley no les permitía comer una criatura a la que no se le había extraído la sangre. Así colaron al mosquito, adquiriendo así la reputación de ser muy religiosos y se tragaron el camello, con joroba y todo. Tú sonríes, pero lo que hicieron en su día ya está hecho. Tú conoces a los romanistas, ¿conoció alguna vez a uno de ellos que no pudiera pensar que era una gran ofensa contra la Majestad del Cielo, si comiera carne el Viernes Santo? ¿Conoces a alguno de ellos que no haya creído necesario guardar la Cuaresma con estricta observancia rigurosa?

Fíjate con qué cuidado van a sus lugares de culto el día de reposo por la mañana. Cuán diligentemente observan ese rito sagrado de hacerse la cruz en la frente con agua bendita, cuán necesario es que se cuide con ternura el agua bendita y todo lo demás de la misma especie; ¿Y no mantienen las mismas personas en sus propios países sus teatros abiertos en el día de reposo? ¿No encuentras a los mismos hombres que observan tan solemnemente su religión por la mañana, olvidándolo todo por la noche, sin pensar más en el día de reposo, al que llaman santo, pero que toman como si fuera cualquier otro día, haciéndolo más un día de alegría que cualquier día de la semana?

Mira de nuevo a nuestra Iglesia de Inglaterra. Gracias a Dios que hay tantos verdaderos hombres evangélicos en medio de esto, pero hay ciertas secciones a las que se aplicarán mis comentarios.

¿Quieres conocer a los hombres que no saben nada sobre el nuevo nacimiento, que no saben lo que es ser justificado por la fe, que no tienen una chispa de religión? ¿Sabes dónde encontrarlos? Son los hombres que nunca dijeron su credo sin volver la cabeza en la dirección correcta, que nunca dijeron el nombre de Jesús sin inclinar la cabeza con la mayor reverencia. Son los hombres que siempre cuidan de que la Iglesia se edifique para que sea un buen edificio, a fin de que los feligreses que van allí vean la gloria de Dios en la gloria de Su casa; son las personas que marcan todos los días con letras rojas, que se preocupan de que se atiendan todas las rúbricas, que piensan que la fiesta de Navidad es la cosa más celestial, y unas pocas flores en el altar casi iguales al Lirio de los Valles y la Rosa de Sharon.

Estos son los caballeros que no podrían predicar sin sotana más de lo que podrían vivir sin cabeza. Por supuesto que no tienen ninguna religión en absoluto y debido a que la vida interior está completamente desaparecida, evaporada, disipada, tienen que ser tan extremadamente particulares que observen su forma exterior. Conozco a muchos clérigos evangélicos (y generalmente son lo suficientemente precisos) que romperían todas las formas.

Podría señalarles esta mañana a dos o tres clérigos de la Iglesia de Inglaterra que son lo suficientemente herejes como para estar sentados aquí y escuchar las palabras de alguien que es un disidente y, por supuesto, un cismático, pero que no pensarían en llamarme cismático más de lo que pensarían en volar, y me darían la mano derecha de la comunión con todo su corazón. Creo que muchos de ellos se olvidarían de las rúbricas si pudieran y si estuviera en su poder, cortarían su catecismo en pedazos y arrojarían la mitad de su Libro de Oración de la Iglesia al aire libre, y estos son los hombres que tienen más religión. Les importa menos la forma, pero tienen la mayor parte de la gracia interior. Tienen más religión verdadera, más evangelismo, más de la gracia de Dios en sus corazones, que cincuenta de sus Hermanos Puseyitas.

Pero permítanme pasar a los disidentes, porque somos igual de malos; debo tratar con todos por igual. Tenemos entre nosotros cierta clase de gente, una especie de puseyitas disidentes. Donde el puseyita piensa que es necesario guardar el Viernes Santo y el Domingo de Pascua, estos buenos hermanos se preocupan tanto de guardar el día santo de la manera equivocada, como los otros de la manera correcta. Piensan que sería un pecado grave ir a la capilla el Viernes Santo y toman solemnemente en serio el que nunca deben quebrantar la Ley de la Iglesia de no observar los días santos, para ellos es cosa muy sagrada que siempre se les encuentre en su Capilla dos veces el domingo, piensan que es muy necesario que hagan bautizar a sus hijos, o que ellos mismos se bauticen y tomen la Cena del Señor.

Eso está muy bien. ¡Pero Ay! Debemos confesarlo, hay algunos entre nosotros que, si son ortodoxos en sus opiniones y precisos en su práctica externa, se contentan con estar completamente destituidos del poder de la religión. Debo tratar fielmente con todos.

Sé que en todas nuestras denominaciones disidentes se encuentran muchas personas santurronas que no tienen ninguna religión, pero que son las personas más precisas en todo el mundo para defender la forma externa de la misma. ¿No conoces a algún viejo miembro de la Iglesia aquí y allá? Bueno, tú dices que, si alguien en la Iglesia es un hipócrita, yo debería decir que el viejo Fulano de Tal lo es. Si se propusiera cambiar cualquier cosa, oh, ¡cómo se erizarían estos señores, ¡cómo desenvainarían sus espadas!

Ellos aman cada clavo en la puerta de la Capilla, no tendrían un color diferente para el púlpito por nada del mundo, tendrán todo estrictamente observado. Toda su salvación parece depender de la rectitud de la forma. ¡Oh, no! Ellos no podrían pensar en alterar ninguna de las formas de su Iglesia. Tú sabes que es tan fácil para un hombre confiar en las ceremonias, cuando son severamente simples, como para un hombre confiar en ellas cuando son espléndidas y sobresalientes. Un hombre puede confiar tanto en la simple ordenanza de la inmersión y la fracción del pan, como otro puede confiar en la misa mayor y en las oraciones de los sacerdotes. Podemos tener Roma en Disidencia y Roma en la Iglesia de Inglaterra y Roma en cualquier lugar, porque dondequiera que haya confianza en las ceremonias, allí está la esencia del papado, allí está el anticristo y el hombre de pecado.

¡Oh, presten atención a esto cualquiera de ustedes que ha estado confiando en sus ceremonias! Esta es la verdad, a mayor celo por las ceremonias, generalmente menor poder de piedad vital en el interior. Pero ahora, ¿cómo es que el hombre que no comía más que pescado el Viernes Santo, engaña a su vecino el sábado? ¿Cómo es posible que el hombre que nunca iría a otra cosa que no fuera una capilla bautista ortodoxa de dieciséis onzas por libra, se le puede encontrar cometiendo actos de injusticia en sus asuntos diarios y quizás actos aún más sucios? Les diré: el hombre siente que debe tener una u otra rectitud, y cuando sabe que es un sinvergüenza que no sirve para nada, siente que no tiene una rectitud moral y, por lo tanto, trata de obtener una ceremonial.

Fijaos en el hombre que bebe y jura, que comete toda clase de iniquidades y muy a menudo lo encontraréis (he conocido tales casos) como el hombre más supersticioso y reverente que se pueda encontrar, no entraría en un lugar de culto sin quitarse el sombrero inmediatamente. Tal vez maldiga y blasfeme en el exterior, y eso nunca le remuerde la conciencia, pero caminar por el pasillo de una iglesia con el sombrero puesto, ¡oh, ¡qué espantoso!, siente que, si lo hiciera, estaría perdido para siempre. No se olvidaría de diezmar la menta, el anís y el comino, pero mientras tanto, los asuntos más importantes de la Ley se dejan totalmente desatendidos.

Otra razón es que una religión de ceremonias es mucho más fácil que una verdadera religión. Decir ave Marías y padre nuestros es bastante fácil. Es posible que pronto lo supere y no controle mucho la conciencia. Ir a la capilla dos veces el domingo no tiene nada de difícil, no es ni la mitad de difícil que volverse al Señor con pleno propósito de corazón.

No es ni la mitad de difícil que romper con el pecado de uno por la justicia y poner la confianza solo en Cristo Jesús. Por lo tanto, como la cosa es tan fácil, a la gente le gusta más.

De nuevo, esto es entonces fácil. Cuando el romanista se golpea la espalda y se azota la carne, ¿por qué le gusta más eso que el simple Evangelio: "Cree y vivirás"? ¿Por qué? porque simplemente halaga su orgullo, cree que está sacando el diablo de sí mismo a golpes, pero en realidad lo está golpeando, el diablo del orgullo está entrando; susurra, "¡Ah, eres un buen hombre por haberte flagelado de esa manera! Te irás al Cielo por el mérito de tus heridas y contusiones". A la pobre naturaleza humana siempre le gusta eso. De hecho, cuanto más exigente es una religión, más le gusta a la gente, cuanto más te ata y te ata la religión, si no toca el corazón, mejor le gusta a la gente llevarla a cabo.

El hinduismo tiene un gran dominio sobre la gente, porque pueden obtener una gran cantidad de méritos caminando con clavos en los zapatos, o revolcándose muchos miles de kilómetros, o bebiendo las aguas sucias del Ganges, u ofreciéndose para morir. Todas estas cosas agradan a la naturaleza humana, "creer y vivir" es demasiado humillante. Confiar únicamente en Cristo abate las miradas elevadas del hombre; por lo tanto, el hombre dice: "¡Fuera con eso!" Y se vuelve a cualquier cosa antes que a Cristo.

Hay otra razón. A los hombres siempre les gusta la religión de las ceremonias porque no necesita renunciar a sus pecados favoritos. "¡Vaya!", dice un hombre, "si todo lo que se necesita para que yo sea salvo es que el sacerdote me dé el Sacramento cuando llegue a morir, ¡qué religión tan agradable es esa! Puedo beber, jurar y hacer lo que me gusta, no tengo nada que hacer sino ser untado por fin con aceite santo y me voy al Cielo con todos mis pecados sobre mí". Otro dice: "Podemos tener todas nuestras alegrías y frivolidades, toda la pompa de la vida y el orgullo de la carne, todo lo que necesitamos es que nos confirmen. Luego, después, vaya de vez en cuando a la iglesia, tome un libro de oraciones y una Biblia bellamente encuadernados, sea muy atento y observador y el obispo sin duda nos tendrá en bien".

Esto se adapta a muchos hombres porque no hay problema al respecto, pueden continuar con sus alegrías y con sus pecados y, sin embargo, creen que pueden ir al Cielo con ellos. A los hombres no les gusta ese Evangelio anticuado que les dice que el pecado y el pecador deben separarse, o de lo contrario deben ser condenados, no les gusta que les digan que sin santidad nadie verá al Señor. Ese texto pasado de moda, "El que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios", nunca será aceptable para la naturaleza humana; a la naturaleza humana no le importa lo que le digas que haga, siempre y cuando no le digas que crea, puedes decirle que observe esto, aquello y lo otro, y el hombre lo hará y te lo agradecerá y cuanto más difícil sea, más le gustará, pero dile una vez: "Jesucristo vino al mundo para salvar a los pecadores. Cree en Él y serás salvo". Su orgullo es todo, no puede soportarlo y odia al hombre que se lo predica y aleja de su alma el pensamiento mismo del Evangelio.

3. Y ahora, en último lugar, debo advertirles que **CONFIAR EN LAS CEREMONIAS ES LA COSA MÁS ENGAÑOSA y TERMINARÁ EN LAS MÁS TERRORÍFICAS CONSECUENCIAS.** Cuando estas personas hubieron metido el arca en el campamento, gritaron de alegría porque se creían bastante seguras, pero, ¡ay!, se encontraron con una derrota mayor que antes, sólo cuatro mil hombres habían muerto en la primera batalla, pero en la segunda cayeron muertos treinta mil hombres Israelitas de a pie. ¡Cuán vanas son las esperanzas que los hombres construyen sobre sus buenas obras y observancias ceremoniales! Qué espantoso es ese engaño que enseña para el Evangelio algo que no es "el Evangelio", es algo que pervertiría el Evangelio de Cristo. Mi lector, déjame preguntarte solemnemente: ¿cuál es tu base de esperanza? ¿Confías en el bautismo? ¡Oh hombre, qué tonto eres! ¿Qué pueden hacer unas gotas de agua, puestas sobre la frente de un bebé? Algunos hipócritas mentirosos nos dicen que los niños se regeneran con gotas de agua, ¿qué clase de regeneración es esa?

Hemos visto personas ahorcadas que fueron regeneradas de esta manera, ha habido hombres que han vivido toda su vida fornicarios, adúlteros, ladrones y asesinos que han sido regenerados en su bautismo por esa clase de regeneración. Oh, no os dejéis engañar por una regeneración tan absurda, tan palpable hasta para la carne y la sangre, como uno de los prodigios mentirosos que han venido del mismo Infierno, pero tal vez usted diga: "Señor, confío en mi bautismo, en la vida futura". Ah, mis amigos, ¿qué puede hacer el lavado en agua? Como vive el Señor, si confías en el Bautismo confías en una cosa que al final te fallará.

Porque ¿qué es el lavado en agua si no es precedido por la fe y el arrepentimiento? Te bautizamos, no para lavar tus pecados, sino porque creemos que son lavados de antemano. Y si no pensáramos que crees eso, no te admitiríamos a participar en esa ordenanza, pero si quieres pervertir esto para tu propia destrucción, confiando en ello, ten cuidado, estás advertido esta mañana, porque, así como "la circuncisión no vale nada, ni la incircuncisión, sino una nueva criatura", así el bautismo no vale nada.

Puede que haya algunos aquí que estén diciendo dentro de sí mismos: "Bueno, si yo no voy al Cielo, nadie lo hará, porque he sido educado en mi Iglesia tan correctamente como ha sido posible. Fui confirmado correctamente, mis padrinos y madrinan me representaron en mi infancia y todo de la manera correcta. He venido aquí, es cierto, pero se trata de la primera ofensa que he cometido, viniendo a esta reunión cismática, si a Dios le place perdonar, nunca lo volveré a hacer; siempre voy a la Iglesia y no tengo ninguna duda de que tomando el Sacramento y rezando mis oraciones iré al Cielo".

Ah, estás terriblemente engañado, porque a menos que nazcas de nuevo, después de todo, volverás a la norma anterior, a menos que estés en una unión bendita con el Cordero, a menos que hayas hallado arrepentimiento por el pecado, a menos que tengas una fe verdadera y viva en el Señor Jesús, puedes guardar todas estas cosas, puedes observar cada jota y cada tilde, pero las puertas del cielo serán cerradas en tu rostro y, "apártate de mí, nunca te conocí", debe ser tu destino, aunque tú respondas: "Hemos comido y bebido en nuestras calles y hemos escuchado tu voz". No, mis amigos, sean presbiterianos, episcopalianos o disidentes, no importa, tienen sus ceremonias, y hay algunos entre nosotros que confían en ellos. Esta única verdad corta la raíz de todos nosotros. Si esta es nuestra esperanza, es una falsa ilusión; debemos tener fe en Jesús, debemos tener el corazón nuevo y el espíritu recto, ninguna forma externa puede limpiarnos. La lepra yace muy adentro, y a menos que haya una obra interior, ninguna obra exterior podrá jamás satisfacer a Dios y darnos una entrada al Paraíso.

Pero antes de terminar, hay una cosa que quiero que noten y es que esta arca no solo no podía darle la victoria a Israel, sino que no podía preservar la vida de los mismos sacerdotes que la llevaban. Este es un golpe fatal para todos los que confían en las formas de la religión, ¿qué pensaría el romanista si le dijera que sus formas externas nunca podrán salvarlo? ¿Y cómo rechinaría los dientes si le dijera, como lo estoy haciendo, que las formas externas nunca pueden salvar a su sacerdote, porque su sacerdote y él se han de perder juntos a menos que tengan una confianza mejor que esta?

Pero también en las iglesias protestantes tenemos mucho engaño sacerdotal. La gente dice: "Bueno, si el Evangelio no me salva, confío en la salvación de mi ministro". Estad seguros de que el que sirve en el altar de Dios no está más seguro de la destrucción, a menos que tenga una fe viva en Cristo, que vosotros mismos. Ofni y Phineas son asesinados, y también debe serlo todo sacerdote, si él mismo confía en las ceremonias o enseña a otros a hacerlo. No puedo imaginar un lecho de muerte más espantoso que el de un hombre que ha sido sacerdote, quiero decir un hombre que ha enseñado a otros a confiar en las ceremonias, cuando sea sepultado, se dirá de él que murió con la esperanza segura y cierta de una bendita resurrección.

Pero, ¡oh, el momento después de la muerte, cuando abre sus ojos para ver su engaño! Mientras estuvo en la tierra, fue lo suficientemente necio como para pensar que las gotas de agua podrían salvarlo, que un pedazo de pan y una copa de vino podrían renovar su corazón y salvar su alma, pero cuando llegue a otro mundo, perderá esta locura y entonces el pensamiento brillará sobre él, como un relámpago, retorciendo su alma con miseria: "¡Ah, estoy desprovisto de lo único necesario! No tenía amor por Cristo, nunca tuve ese arrepentimiento del que no necesitaba arrepentirme, nunca corrí a Jesús y ahora sé que ese himno es verdadero:

***"Ni todas las formas externas en la tierra,
ni los ritos que Dios ha dado,
ni la voluntad del hombre, ni la sangre, ni el nacimiento,
pueden llevar el alma al Cielo"***

Oh, qué espantoso luego encontrarse con sus feligreses; ver a aquellos a quienes les había predicado y ser gritado a través del pozo por los hombres para quienes él fue el instrumento de destrucción al decirles que confiaran en un fundamento podrido. Déjame liberarme de cualquier miedo como ese. Como vive el Señor mi Dios ante quien me presento este día, hombre, mujer, mi hermano, mi hermana, en la raza de Adán, si confías en algo que no sea la sangre de Jesucristo, confías en una mentira, y si tu salvación termina en algo que no sea un cambio completo de corazón, si lo conviertes en algo menos que una nueva criatura en Cristo Jesús, la cama es más corta de lo que un hombre puede estirarse sobre ella. Tenéis una religión que no está a la altura de las necesidades de vuestro caso, y cuando más la necesitéis, se tambaleará bajo vuestros pies y os dejará sin un lugar firme donde descansar, abrumados por el espanto y vencidos por la desesperación.

Ahora, antes de despedirlos, permítanme hacer este último comentario. Escucho a uno decir: "Señor, renuncio a toda confianza en las buenas obras para castigar el pecado. Jesucristo vino a este mundo y fue castigado en el lugar y sitio de todos los que creen en Él, su tarea, entonces, esta mañana, es hacerse esta pregunta, ¿quiero un Salvador? ¿siento que lo quiero? Y mi tarea, si respondes bien esa pregunta, es decir: Cree en el Señor Jesucristo con todo tu corazón y serás salvo.

Ah, hay uno en el cielo hoy, creo firmemente, que siempre fue un adorador en este lugar y en New Park Street, un joven que fue traído aquí para escuchar el Evangelio y se convirtió a Dios. El día de reposo pasado por la mañana fue arrebatado al Cielo en la casa en llamas de Bloomsbury, uno de esos jóvenes que fueron sacados de las ruinas, uno que había sido traído al conocimiento de la Verdad aquí. Se afirma en algunos de los documentos que su madre estaba lejos de ser una mujer religiosa y era algo dada a la bebida.

Él tuvo que luchar con alguna tentación y oposición, pero pudo continuar su camino y entonces, en una hora que no pensó, el Hijo del Hombre vino por él y lo atrapó en medio de las llamas, los maderos que se desmoronaban y la subida de humo. Oh, puedo tener uno aquí que, antes de que llegue otro día de reposo por la mañana, pueda ser lanzado a la eternidad, si bien no por el mismo proceso deplorable, pero si de una manera igualmente apresurada. Y como mi alma se regocija por ese joven, al pensar que Dios debería haberme honrado llevándolo a Cristo antes de llevarlo al Cielo, debo lamentar que hay muchos de ustedes en un peligro tan espantoso como el de vivir sin Dios, sin Cristo, sin esperanza del Cielo, teniendo la muerte pendiendo sobre ustedes y, sin embargo, no temblar ante ella.

Oh, esta mañana te lo ruego, acércate a Cristo. "Honrad al Hijo, para que no se enoje, y perezcáis en el camino; pues se inflama de pronto su ira. Bienaventurados todos los que en él confían". ¡Por Su gracia que así sea! Amén. Amén.

EstudiaLaPalabra.org